

EL ADOLESCENTE CRECE Y ADOLECE

Adolescencia es un término que, etimológicamente, tiene al menos dos acepciones distintas que interesan para el propósito de describirla. Por un lado, del latín *adolescere* que significa *crecer*, y manifiesta el crecimiento corporal de la persona que, hasta su entrada en esta fase del desarrollo, era un niño. En ese crecimiento está implicado, por un lado, el cuerpo humano, con la puesta en marcha de todo un mecanismo hormonal muy complejo, que condiciona cambios hacia una morfología que va a variar la estructura exterior del cuerpo en crecimiento.



Por otro lado, según otra perspectiva etimológica discutida y no admitida por algunos, pero interesante para esta explicación, *adolescencia* viene de *adolecer*, que significa estar en carencia de algo. Sirve para entender la si-

tuación de estar en trance para poder conseguir la madurez humana, a la que hasta ese momento no se ha llegado. La adolescencia es, pues, un período de transición en el que le falta algo, que tiene que conseguir y adquirir.

Las dos acepciones son buenas, la primera indica el conjunto de mutaciones biológicas que van a condicionar el cambio corporal y también una transformación intelectual y una evolución emocional. Y, por otro lado, la segunda hace referencia al crecimiento personal de un ser humano del todo dependiente de sus mayores, como es el niño, que pasa a ser una persona con la autonomía suficiente para irse formando poco a poco en el ámbito del trabajo, de los afectos y de los conocimientos.

La adolescencia es *acrecentamiento de vida y nuestra alma atiende al crecimiento y al hermosteamiento del cuerpo y de ahí los muchos y grandes cambios que operan en la persona*, escribió Dante en *El Convite*. Y, efectivamente, la adolescencia es un período crítico, lo que no supone prejuzgar esa crisis como algo negativo, tal como se vive una experiencia mala, sino que puede ser un cambio hacia lo positivo. De hecho, como ejemplo de expresividad acertada, se puede citar que en uno de los idiomas chinos – quizá el mandarín - el ideograma de crisis se escribe con dos dibujos, uno para *cambio y otro de esperanza*. Es un buen modo de expresar y desear lo mejor para el adolescente, un cambio hacia una situación más rica, mejor, llena de esperanza.

da en el agua del arroyo al que acudía para buscar en sí mismo sus anhelos y deseos.

Sí, adolescentes ensimismados, que pasan por una infancia en la que los adultos no han sabido, querido o podido ponerles límites a caprichos y satisfacciones. Y acaban llegando a esa época crucial de la vida, que es la adolescencia, sin hábitos ni adquisiciones psicológicas que sirvan de base a la autodisciplina necesaria para la madurez, una autonomía que pueda proyectarse en bien hacia los demás.

En este sentido se manifestaron los psicólogos y psicoanalistas participantes en una reunión de expertos celebrada hace no muchos años en Mur-

DE EDIPO A NARCISO

Las dificultades que tenía que superar un adolescente para enfrentarse a una vida de autonomía personal, todo el conjunto de experiencias, tensiones y aprendizajes que conducían a conseguir la madurez emocional, laboral y relacional de un adulto, están cambiando a fuerza de las presiones que sufre nuestra sociedad postmoderna. El denominado *complejo de Edipo*, con demasiada frecuencia malinterpretado, al ser reducido a cuestiones represivas del instinto y comportamiento sexuales, cuando su realidad es mucho más rica, está pasando a la historia. Y ahora se entrevé quizá más otro conflicto en la adolescencia, que también tiene referencia a otro mito griego, el de Narciso, aquel joven que se enamoró de su propia figura refleja-



cia, con el título de *La adolescencia, un reto para la salud mental*. Así, la profesora titular de Psicología Clínica de aquella universidad, Concha López Soler, manifestaba: *Creemos que dándonoselo todo a los niños y evitando negativas les hacemos felices, pero ¿qué clase de adultos estamos creando?*, criticando el exceso de gratificaciones inmediatas y la necesidad de comenzar a desarrollar el autocontrol en el primer año de vida, pues si se llega a los cuatro sin arraigarlo, en la adoles-

cencia habrá problemas. Los padres no se atreven a mantener la disciplina, el ambiente social no favorece y en las aulas escolares tampoco parece que haya vientos favorables, entre un profesorado al que se le han quitado los recursos y las motivaciones para educar con cierto control de las conductas.

Los expertos reunidos en ese congreso monográfico coincidían, como tantos otros de distintos ambientes y localizaciones, en que el entorno familiar ha pasado, del autoritarismo y la imposición del recurso frecuente del castigo, a la ausencia de disciplina. Ya no existen represiones – y el concepto represión no tiene porqué ser siempre algo indeseable – por lo que deseos e impulsos campean a sus anchas durante la infancia, para desembocar en la adolescencia en una situación que desencadene la impotencia de autocontrol ante requerimientos de la vida, para conducir a los chicos a la depresión y la desorientación, cuando no a otros patrones de conducta más patológicos y conflictivos, como el alcoholismo o las drogas.

DEDICACIÓN Y TRASMISIÓN DE VALORES

Una de las razones que se pueden aportar al debate que plantea el problema de la conducta de los jóvenes en las escuelas y en la calle, es que los chicos se sienten cada vez más solos. Se han hecho múltiples estudios sociológicos en países muy adelantados y una de las causas que se esgrimen es que los padres, por razones laborales o de otro tipo, tienden a dedicar menos tiempo a sus hijos. Diversos estudios

norteamericanos, hechos con poblaciones de niños y jóvenes desde hace dos décadas ven aumentos de cifras de fracaso escolar, delincuencia juvenil, embarazos precoces, a pesar de que los ingresos económicos del hogar por niño aumentaron. Se alcanzaron cifras record de malestar infantil, que despertaron la preocupación social. Así, una encuesta publicada por la revista *Time*, afirmaba que al sesenta por ciento de los jóvenes estadounidenses le gustaría dedicar a sus hijos más tiempo del que ellos recibieron de sus padres, pues, como afirmaba el profesor Louv en *La niñez del futuro*, la autonomía de que disponían los niños, *más que a la educación en la libertad, se acercaba al abandono.*

Los hijos requieren dedicación, consejo, apoyo, seguridad y necesitan saber que tienen la retaguardia asegurada. Y que en un momento determinado, cuando tengan dudas o problemas de algún tipo, hay alguien querido y cercano que les ayude a sobrellevarlos. Esto es fundamental, es imprescin-



dible la función de la familia. La familia no siempre puede ser el padre y la madre. Hay familias monoparentales por viudedad o por separación. Es muy

importante siempre que las personas se puedan sentir valoradas en su justa medida, lo que adquiere característica de auténtica necesidad durante la adolescencia, en la que la inseguridad producida al abandonar la niñez determina una vivencia de precariedad que puede llegar a ser agobiante y muy destructiva. El peor de los chicos tiene un valor enorme como persona que es, y eso hay que dejárselo siempre muy claro

En el ambiente enmarcado dentro de la *Década de Niño*, como fue el de los años noventa y tras la convocatoria de las Naciones Unidas de la Cumbre Mundial de la Infancia, una comisión de personalidades políticas, médicas, educativas y empresariales, de los Estados Unidos publicaron un *Código Azul* en el que se dicen muchas cosas sobre la situación de la juventud de aquel país. Con los datos de ese informe, Willian J. Bennett, entonces Secretario de Educación, pronunció un discurso en la Universidad de Notre Dame (Indiana) en el que entre otras muchas cosas dijo que *la crisis no se limita, como algunos creen, a comunidades azotadas por la pobreza y el crimen sino que afecta a millones de adolescentes de todos los barrios a lo largo de la nación.*

Para ilustrarlo apuntaba estadísticas: una de cada diez adolescentes embarazadas, con más de cuatrocientos mil abortos anuales, duplicación de suicidios y un número treinta veces mayor de muchachos detenidos en comparación con las cifras de las tres décadas anteriores. *Demasiados chicos norteamericanos son víctimas del fracaso parcial de nuestra cultura, de nuestros valores y de nuestras normas morales: drásticas alteraciones en la*

composición de la familia, un diálogo escaso y débil entre la gente joven y los adultos, degradación de los vecindarios tradicionales y así sucesivamente. —decía.

Su discurso no era un lamento, pues apuntó soluciones, como éstas: *En los últimos años hemos hecho un trabajo razonablemente bueno enseñando a nuestros hijos virtudes delicadas como la tolerancia, la comprensión, la propia estima y la sensibilidad. Y eso está muy bien. Pero creo que todavía nos perdemos en discusiones inútiles sobre la necesidad de enseñar virtudes fuertes como la disciplina y el dominio de sí, la responsabilidad individual y cívica, la perseverancia y la laboriosidad.*

Y añadía: Así es como se configura el carácter de una sociedad: mediante la moralidad individual, que acumula un capital social de generación en generación, en beneficio de nuestros hijos. Las convicciones privadas son una condición del espíritu público. Pero hay que renovar continuamente la inversión en convicciones privadas: han de hacerlo los adultos. Esa es nuestra misión.

Ángel García Prieto